

Una breve apelación a la memoria de nuestra fe cristiana y de nuestra comunión fraterna

Mons. José Manuel Estepa Llaurens
Cardenal-Arzbispo emérito castrense

Permitidme que, en primer lugar, salude a los miembros de mi familia aquí presentes. Asimismo, saludo a los señores obispos que participan en este acto. De igual modo, a ese grupo de personas también presentes con las que he tenido la oportunidad de trabajar en el campo de la catequesis durante ese periodo de pasados años.

Mi saludo corresponde dirigirlo principalmente a quienes nos reciben en el seno de sus propias Jornadas anuales: los delegados de las diócesis españolas para el servicio y promoción de la catequesis de la Iglesia; sacerdotes, religiosos y laicos aquí presentes.

En ellos encuentro con gozo la ocasión de revivir lo que ha significado para mí, durante más de cincuenta años de mi existencia, tanto el nacimiento mío a la fe en Jesucristo, Salvador y Maestro, como el llamamiento al anuncio de la fe y la dedicación, como tarea primordial, a educar en esta fe a tantos miles de hermanos nuestros.

Numerosas veces, tanto en encuentros como por medio de intervenciones escritas, he tenido ocasión de manifestar mi gratitud a la Iglesia por haber salido a mi encuentro ofreciéndome la vivencia de la fe en el seno de la comunidad cristiana y como servicio a la misma. Ciertamente, por voluntad de Dios, yo solo tengo la experiencia de haber vivido la fe en Jesucristo como algo que ha concernido a toda mi persona y que ha impregnado toda mi existencia. Y todo ello sin dramatismos, sino como algo sencillamente cotidiano.

Al afirmar esta realidad de mi gratitud y explicarla muy brevemente, quisiera que se redujeran las palabras que hoy me invitan a dirigiros. Creo recordar que en algún otro momento de mi vida ya he tenido ocasión de hacerlo y así lo he hecho.

Más concretamente, en los años inmediatos después del tiempo final del Concilio Vaticano II, cuando en España fuimos llamados a aplicar el sentido de este Concilio y las exigencias renovadoras del mismo en la Iglesia de España, optamos por hacerlo de una manera muy sencilla, aceptando simplemente el implantar su doctrina y sus directrices para el cambio como algo sencillamente cotidiano.

Releyendo ayer mismo una intervención mía en una reunión como esta, de responsables diocesanos de catequesis, en los comienzos de la década del setenta, descubría que mis palabras se redujeron a invitar a los participantes a vivir lo cotidiano de aquel tiempo como un tiempo especial de misericordia, es decir, que nuestro Señor nos concedía un tiempo que debía caracterizarse, por nuestra parte, como un tiempo de toma de conciencia de que estábamos inmersos en la aceptación de la misericordia divina con la aceptación de nosotros mismos, dentro de aquellas circunstancias que entonces, eran las nuestras. A este propósito, recordaba a los presentes la consigna de san Agustín al diácono Deogracias, cuando este pide al obispo Agustín directrices para la inscripción en el catecumenado de quienes así lo solicitan. La respuesta de san Agustín se podría resumir así: tú inscríbalo porque él así lo pide; y ayúdalo a analizar cuáles son las razones que lo traen y lo que Dios le quiere decir con la inscripción en el catecumenado cuando la Iglesia así lo hace. Es decir, tú acéptalo como él es y por las razones que él trae y ayúdalo a entender adónde Dios quiere llevarlo.

Que estas sean mis sencillas palabras de saludo en este día y ocasión de nuevo para dar gracias a Dios y a Jesucristo, Señor de la Iglesia y Maestro nuestro, por habernos invitado a seguirlo en su Iglesia.

Que Él premie la acogida fraterna con que hoy, y en el tiempo pasado, siempre me habéis concedido.

Que Dios Padre nos siga ayudando en el camino que nos lleva al encuentro con Él y con su Hijo. Que la Virgen María, la Madre de Jesús, nos ayude a reconocer a su Hijo en cada paso de este camino.